

LA MAISON DES AMIS DES LIVRES

Fundamos «La Maison des Amis des Livres» con fe; nos parece que cada uno de sus detalles corresponde a un sentimiento, a un pensamiento.

Para nosotras el comercio tiene un sentido conmovedor y profundo.

A nuestro entender, una tienda es una auténtica cámara mágica: en el momento en que el transeúnte franquea el umbral de una puerta que cualquiera puede abrir, en que penetra en este lugar impersonal, se diría que nada demuda el gesto de su rostro ni el tono de sus palabras; realiza con un sentimiento de total libertad un acto que cree sin consecuencias imprevistas. Existe una correspondencia perfecta entre su actitud exterior y su yo interior, y si observamos bien, podemos, ahora y siempre, conocerle en su verdad. Revela toda la buena voluntad que posee, es decir, la medida en que se muestra accesible al mundo, lo que puede dar y recibir, la relación exacta que existe entre él y el resto de las personas.

Esta percepción inmediata, intuitiva, este fijado furtivo del alma son bastante fáciles en una tienda, lugar de transición entre

la calle y la casa. Y cuántos descubrimientos son posibles en una librería por donde pasan obligadamente, entre los transeúntes anónimos, las Pléyades, los que de entre nosotros parecen ya un poco «grandes personas azules»⁸³ y con una simple sonrisa justifican lo que llamamos nuestras mejores esperanzas.

A muchos vender libros puede parecerles tan banal como vender objetos o cualquier tipo de mercancía, y basado en la misma tradición rutinaria que no exige del comerciante ni del cliente más gesto que el del intercambio de dinero por mercancía, gesto que se acompaña, por lo general, con unas frases de cortesía.

En primera instancia se piensa que la fe que se pone en vender libros se puede poner en cualquier acto cotidiano; se puede ejercer un comercio u otro, una profesión u otra, con una satisfacción que es, por momentos, de auténtico lirismo. El ser perfectamente adaptado a su función, y que trabaja en armonía con los demás, experimenta una plenitud que se convierte fácilmente en exaltación cuando entra en contacto con hombres situados en el mismo plano vital que él; en el momento en que puede comunicar y hacer sentir lo que él siente, se multiplica, se eleva por encima de sí mismo y se esfuerza por ser lo más poeta que puede. ¿No es acaso esta elevación, esta ternura, el estado de gracia en el que todo se ilumina con un sentido eterno? Sin embargo, si toda persona consciente puede exaltarse con su oficio y comprender las admirables relaciones que la vinculan a la sociedad, ¿cómo no habríamos de albergar tales sentimientos nosotros los libreros, que por encima de toda noción de ganancia

83 Cita una vez más a su Maeterlinck, el cuadro x de *L'oiseau bleu*: «TYLTYL: Y esas grandes personas azules, ¿qué son? / LA LUZ: No se sabe a ciencia cierta... Se cree que son guardianes... Dicen que vendrán a la Tierra después de los hombres... Pero no está permitido preguntarles...».

y trabajo basada en los libros los hemos amado con furor y hemos creído siempre en el poder infinito de los más bellos!

Algunas mañanas, solas en nuestra librería, rodeadas únicamente de las filas de libros en sus anaqueles, nos quedábamos un buen rato contemplándolos; fijábamos la mirada y, al cabo de un momento, no veíamos más que las líneas verticales y oblicuas que marcaban los límites de sus lomos, líneas discretas aplicadas contra la pared gris como palitos trazados por la mano de un escolar. Ante esta apariencia elemental, que era la carga de un alma hecha de todas las ideas y todas las imágenes, nos sentíamos transidas por una emoción tan poderosa que a veces pensábamos que escribir, expresarnos, nos aliviaría; pero en el momento en que nuestra mano buscaba una pluma, un papel... alguien entraba, y otros venían después, y las figuras de la jornada absorbían el gran impulso de la mañana.

A menudo sentíamos que se nos había dado «toute la grâce du travail, et tout honneur, et tout génie», como dice Claudel en su *La ville*⁸⁴; y hay en esta obra muchas otras frases que nos parecen escritas para nosotras, y buenamente podríamos decir con Lala: «Comme l'or est le signe de la marchandise, la marchandise aussi est un signe, du besoin qui l'appelle, de l'effort qui la crée, et ce que tu nommes échange, je le nomme communion».

Cuando fundamos nuestra casa, en noviembre de 1915, no teníamos experiencia alguna en comercio; ni siquiera sabíamos de contabilidad, y además teníamos tanto miedo de parecer

84 Esta obra de Claudel (primera versión, 1893; segunda versión, 1901) no ha conocido traducción en España. «Toda la gracia del trabajo, y todo honor, y todo genio» (palabras del Avaro en el acto II); «Como el oro es símbolo de mercancía, la mercancía es también un símbolo de la necesidad que la reclama, del esfuerzo que la crea; y eso que tú llamas intercambio, yo lo llamo comunión» (de un parlamento del personaje de Lala en el acto II).

comerciantes mezquinas que nos pasábamos el día fingiendo desatender nuestros intereses, cosa que era una chiquillada, por otra parte.

Se cree sin reservas que la vida extingue el entusiasmo, defrauda el sueño, deforma las concepciones primigenias y hace un tanto al azar lo que le proponemos. Sin embargo, podemos afirmar que en nuestros comienzos nuestra fe y nuestro entusiasmo eran mucho menores que hoy en día. Nuestra idea originaria era muy modesta: lo único que pretendíamos era echar a andar una librería y un gabinete de lectura especializados en obras contemporáneas. No teníamos mucho dinero, un pequeño detalle este que nos obligó a especializarnos en la literatura de la época; si hubiésemos tenido mucho dinero, sin duda habríamos querido comprar todo lo existente en materia de obras impresas y montar una especie de biblioteca nacional. Convencidas de que el público demanda sobre todo gran cantidad de libros, nos creímos con la suficiente audacia para osar establecernos con apenas 3.000 volúmenes (cuando los catálogos de algunos gabinetes de lectura anunciaban 20.000, 50.000 e incluso ¡100.000!). La verdad es que solo teníamos cubierta de libros una de nuestras paredes; el resto estaba adornado con imágenes, un escritorio grande y antiguo y una cómoda donde guardábamos el papel de embalar, los cordeles y todo lo que no sabíamos dónde meter; teníamos nuestras viejas sillas de anea, que aún hoy conservamos. Era una librería sin pinta alguna de tienda, sin que fuese nuestra intención; no podíamos ni imaginar que con el tiempo nos alabarían tanto por lo que a nosotras nos parecía precariedad e improvisación.

Nos valimos de nuestros primeros beneficios para aumentar nuestro fondo día tras día. Aquellos primeros beneficios se

derivaban sobre todo de la venta de libros nuevos y de ocasión; no esperábamos tener abonados a nuestro gabinete de lectura hasta pasados varios meses.

Uno de los grandes problemas de nuestros comienzos comerciales fue la confección del tenderete exterior para la venta de libros de saldo; aquella operación exigía nuestra presencia, expuestas a las miradas de los transeúntes durante más de cinco minutos. Había que sacar afuera los caballetes, la caja, los libros y las revistas, que eran en su mayoría antiguallas provenientes de bibliotecas familiares. La primera vez que pusimos el puesto nuestra alteración rayaba en la angustia, y una vez que colocamos la última pila corrimos a ponernos a salvo en la trastienda, como si les hubiésemos hecho una jugarreta a los paseantes. Nos dedicamos a mirar por la rendija de la cortina el extraordinario espectáculo que suponía para nosotras la formación de un grupúsculo en torno a nuestros libros; las caras que aparecían tras el escaparate bien nos hacían estallar en risas, bien temblar de miedo: ¿y si esa gente entraba y nos dirigía la palabra? En estas estábamos cuando una anciana cogió un tomo del tenderete y se dispuso a llevar a cabo el noble acto de ser nuestra primera clienta; una de nosotras se decidió a salir de la trastienda y le balbuceó un ceremonioso «buenos días» a la señora, quien, con toda la naturalidad del mundo, nos mostró lo que había escogido: *L'avenir d'Aline* [*El futuro de Aline*], de Henry Gréville, marcado en 75 cts. Tuvo la bondad de no regatear; en caso contrario, la situación habría sido penosa: nos habríamos visto divididas entre la tentación de venderle el volumen para zanjar rápidamente el asunto y el deber de mantener nuestro precio realmente irrisorio para demostrarle que éramos librerías serias que no encarecían. Con todo, todavía había que envolver

el libro, ponerle el cordel, recibir el dinero, devolver el cambio de un franco, agradecer con efusividad... Al final la anciana se dio cuenta de la extraordinaria emoción que nos provocaba, se fue más turbada de lo que quiso dejar traslucir y nunca más regresó.

Para que la gente sucumbiese a la tentación de hacerse un abono de lectura pegamos en la vitrina un cartel manuscrito en el que se incluían las condiciones de nuestro abono y la lista de autores cuyas obras completas poseíamos. Aquella lista era una avenencia entre nuestros gustos y los del público; considerábamos necesarias ciertas concesiones para nuestro éxito. No nos equivocábamos, y más aún porque las concesiones eran bastante limitadas. La fe no gana nada siendo fanática. Además, el espíritu con el que habíamos fundado nuestra librería actuaría por su cuenta al cabo de un tiempo, solo hacía falta no dejar que se apagase la llamita.

En el terreno de lo práctico, desde un principio se nos ocurrieron ideas que resultaron ser bastante buenas, como, por ejemplo, cubrir los libros con papel cristal, no atarlos y no sellarlos (una costumbre bárbara que los asemeja a las bestias marcadas para el matadero).

Pero nuestra primera idea era —y sigue siéndolo— que el verdadero comercio de la librería englobara no solo la venta, sino también el préstamo, y que ambas operaciones se ejerciesen en paralelo. Resulta casi inconcebible comprar una obra sin conocerla. Expreso un sentimiento general cuando afirmo que toda persona de cierta cultura experimenta la necesidad de tener una biblioteca particular compuesta por libros que le gustan, que tiene por amigos buenos y fieles. ¿Cómo introducir en ese círculo de amigos probados a inoportunos o indiferentes? A

eso es a lo que se arriesga alguien que compra libros sin haberlos leído. Aunque es verdad que podemos deshacernos de ellos, a menudo conservamos el volumen mal elegido para ahorrarnos la molestia de revenderlo por una décima parte del precio que hemos pagado (...y también porque hace bulto). Únicamente tras varias decepciones de este tipo dejamos a un lado las obras nuevas y solo juramos ya por los clásicos.

Se podría decir que, en definitiva, nunca compramos un libro totalmente por azar; o el nombre del autor o la firma del editor es indicio suficiente, y una persona culta puede hacerse una idea muy clara del valor de un libro con tan solo hojearlo. Es cierto, la firma de la obra es ya una garantía; y es más, es una garantía que regula casi todo el ejercicio de las librerías. Pero es probable que no se trate de un buen principio y sea la causa de que tantos autores no se esfuercen por hacer más que uno o dos libros buenos y luego se duerman en los laureles. Es la principal razón de la oscuridad donde yacen las nuevas producciones, tengan el valor que tengan; acaba de raíz con los recién llegados a la literatura. Se podrían citar ejemplos de obras que han encontrado desde su aparición una crítica justa y poderosa, pero rara vez se da el caso; por desgracia, la camaradería y la intriga cuentan más que el mérito.

Todo el mundo sabe que Maeterlinck le debe su fama relativamente precoz a un artículo de un conocido escritor⁸⁵. Un hombre como Gide, en cambio, alcanzó la notoriedad más bien tarde: ¿quién puede creerse que tuvieron que pasar dieciocho años para que se agotase la primera edición de *Les nourritures*

⁸⁵ Se refiere a Octave Mirbeau, un crítico con la vista de un cazatalentos. Cuando Maeterlinck tenía treinta años, lo comparó, en un artículo de *Le Figaro*, ni más ni menos que con Shakespeare.

terrestres? En la actualidad tenemos la impresión de que Jules Romains no ocupa el lugar que merece; si bien tal vez haya que esperar un tiempo para que *Odes et prières* y *Manuel de déification* puedan ser asimiladas por todos, *La vie unanime*, *Europe* y, sobre todo, sus obras en prosa no han llegado ni a la centésima parte del público al que podrían emocionar si los órganos librerías funcionasen con cierta cordura.

No crean, sin embargo, que esta situación es un mal sin remedio y el hombre de genio debe por fuerza pasarse la mitad de su vida, o incluso la vida entera, en la oscuridad. De seguro, ni con la ayuda del librero se dará a conocer desde su primera obra «tel qu'en lui-même en fin l'éternité le change»⁸⁶, pero enseguida encontrará su público: tanto la élite de la que es portavoz como casi toda la juventud. A la edad en la que el hombre todavía estudia, en la que la existencia no le ha impuesto una rutina, es un ser de buena voluntad y, en la medida determinada por la influencia de su ambiente, la condición de su saber y la capacidad de su inteligencia, goza de un estado de gracia en el que puede comprender la vida y las imágenes de la vida. Ya son tres años los que llevamos dándoles a los jóvenes que vienen a nuestro establecimiento obras que parecen reservadas a una pequeña élite; no hay ninguno al que no veamos conmovirse ante los poemas de Paul Valéry y Léon-Paul Fargue, ante el *Barnabooth* de Valéry Larbaud, ante el *Livre d'amour* [*Libro de amor*] de Charles Vildrac o *L'étape nécessaire* [*La etapa necesaria*], de Luc Durtain, por ejemplo; y sin embargo por lo general estos autores les son desconocidos cuando se los mencionamos por primera vez.

⁸⁶ Primer verso de «Le tombeau d'Edgar Poe» de Mallarmé: «Tal que en sí mismo al final la eternidad le cambia».

Se impone, por lo tanto, que los jóvenes puedan leer lo que les es contemporáneo y comprar los libros que serán sus grandes amigos durante toda la vida. Por esa razón no hay que intentar crear vastas empresas impersonales, que son incapaces de influenciar —y por tanto de hacer progresar— e incapaces de recibir tal influencia —y por tanto de progresar en sí mismas—. Lo que hay que crear, lo que hay que potenciar son librerías-bibliotecas que no aspiren a satisfacer a un público numeroso, sino a un grupo al que sea posible conocer por separado y servir así a la perfección. Lo ideal sería que en cada librería hubiera un único encargado, que, si bien asistido en la medida de lo posible, estuviese en continua relación con los clientes.

Es realmente indispensable que una casa consagrada a los libros esté fundada y dirigida con conciencia por alguien que conjugue la mayor de las erudiciones con el amor por la novedad, y que, sin caer en esnobismos, esté preparado para potenciar las verdades y las fórmulas nuevas.

Así es como hemos entendido la tarea del librero, y así nos hemos aplicado a ejercerla lo mejor que hemos sabido; sin duda los resultados han superado las expectativas. Es cierto que fundamos nuestra casa en el barrio más estudioso y más encantador de París; no nos costó encontrar en él una clientela que siente amor y respeto por los libros, que ha comprendido nuestros esfuerzos y nos ha apoyado. ¿Habríamos tenido todo eso en otra calle, en otra ciudad? No nos atreveríamos a asegurarlo. Sin embargo, nos da la impresión de que, en cualquier barrio de cualquier ciudad, para toda librería inteligente basada en el principio de préstamo y venta hay un público al que es fácil formarle el gusto.

Confíen en la buena voluntad de las personas, tengan por seguro que respetarán y seguirán todo lo que hagan con fe, paciencia y orden; conózanlas mediante una observación constante, denles todo lo que puedan de ustedes mismos y verán que no son tan diferentes ni tan ajenas a ustedes y que, en definitiva, vivir en ellas es vivir más plenamente en uno mismo.

Así fue como se construyó en un tiempo de destrucción «La Maison des Amis des Livres». Adrienne Monnier escribió allí estas páginas en agosto de 1918. Fuera la amenaza es algo menor, pero aquí, en medio de los libros que guardan todas las formas vivientes como los animales en el arca, ella encontró amparo a la revuelta y el miedo y adquirió la certeza de que todo permanece y crece más allá de las noches de sueño y muerte y todo es fiel a la mejor voluntad.